

—He aquí la cosa: el sábado próximo, 24, son los días de la señora de Arnoux.

—¿Cómo; si se llama María?

—Y Angela también, ¿qué importa? La fiesta se dará en su casa de campo de Saint-Cloud. Estoy encargado de prevenir á usted. Encontrará usted un vehículo á las tres, en el periódico. Quedamos en eso; dispense Vd. que le haya molestado, pero tengo tantas cosas que hacer...

Federico no había dado un paso, cuando su portero le entregó una carta:

«El señor y la señora Dambreuse, ruegan al Sr. F. Moreau que les dispense el honor de venir á comer á su casa el sábado, 24 del corriente.—(Se suplica la contestación).

—Demasiado tarde— pensó. Sin embargo, enseñó la carta á Deslauriers, que exclamó:

—¡Por fin! Pero no me parece contento. ¿Por qué?

Federico vaciló un momento, y dijo que tenía para aquel mismo día otra invitación.

—Hazme el favor de echar á rodar la calle de Choiseul. Nada de tonterías; contestaré por tí, si no te molesta. Y el pasante escribió aceptando en tercera persona.

No habiendo visto sociedad jamás, sino á través de la fiebre de sus ansias, se la imaginaba como una creación artificial, funcionando

en virtud de leyes matemáticas. Una comida de convite, el encuentro de un hombre, la sonrisa de una mujer linda, podían, por una serie de actos, consecuencia los unos de los otros, producir gigantescos resultados. Ciertos salones parisienses eran como esas máquinas que toman la materia en estado bruto y la devuelven centuplicada en valor. Creía en las cortesanas que aconsejan á los diplomáticos, en los matrimonios ricos logrados por las intrigas, en el genio de los galeotes, en las docilidades del azar bajo la mano de los fuertes. Por fin, estimaba el trato de los Dambreuse de tal modo útil, y habló tan bien del asunto, que Federico no sabía ya á qué resolverse.

De todas suertes, puesto que era el santo de la señora de Arnoux, debía llevarle un regalo; y pensó naturalmente, en una sombrilla, para reparar su torpeza. Encontró una marquesa de seda tornasolada, con un pequeño puño de marfil cincelado que llegaba de la China, pero aquello costaba ciento setenta y cinco pesetas, y no tenía un céntimo, pues hasta estaba viviendo á crédito sobre la usura de su próximo trimestre. Sin embargo, la quería con empeño, y á pesar de su repugnancia, recurrió á Deslauriers, que le respondió que no tenía dinero.

—Lo necesito—dijo Federico—lo necesito verdaderamente.

Y como el otro, repitió la misma excusa, se acaloró.

—Bien podrías alguna vez...

—¿Qué?

—Nada.

El pasante había comprendido. Sacó de sus reservas la suma en cuestión, y cuando la hubo vaciado moneda á moneda, dijo:

—No te pido que me la devuelvas, puesto que vivo á tus expensas.

Federico se abalanzó á su cuello con mil protestas afectuosas; Deslautiers permaneció frío. Al día siguiente, percibiendo la sombrilla sobre el piano, preguntó:

—¡Ahl! ¿Era para eso?

—Quizás la envíe—dijo cobardemente Federico.

La casualidad le sirvió, porque aquella tarde recibió un billete de luto, en que la señora de Dambreuse le anunciaba la pérdida de un tío, excusándose de diferir para más adelante el placer de conocerlo.

Desde las dos se encontraba en la oficina del periódico. En lugar de esperarle para llevarle en su coche, Arnoux se había marchado la víspera, no resistiendo más á su necesidad del aire libre.

Todos los años, desde las primeras hojas, durante muchos días seguidos, se iba al campo

por la mañana, hacía largas excursiones á campo traviesa, bebía leche en las haciendas, bromeaba con los aldeanos, se informaba de las cosechas, y se llevaba en su pañuelo las ensaladas. Por fin, realizando un sueño antiguo, se había comprado una casa de campo.

Mientras Federico hablaba con el dependiente, se presentó la señorita Vatnaz y se mostró muy contrariada de no ver á Arnoux, que permanecería allá todavía dos días quizás; el dependiente la aconsejaba «que fuera allí»; ella no podía ir; que escribiera una carta, temía que la carta se perdiera. Federico se ofreció á llevarla él mismo; la escribió rápidamente y le rogó que no la entregase delante de testigos.

Cuarenta minutos después llegaba á Saint-Cloud.

La casa, cien pasos más allá del puente, estaba situada á la mitad de la colina. Los muros del jardín quedaban escondidos por dos hileras de tilos, y una extensa pradera bajaba hasta el borde del río. La puerta de la verja estaba abierta, y Federico entró.

Arnoux, tendido en la yerba, jugaba con unos gatitos recién nacidos. Aquella distracción parecía absorberle por completo. De ella le sacó la carta de la señorita Vatnaz.

—¡Diablo, diablo; esto es fastidioso; tiene razón; es preciso que vaya!

Después, habiendo metido la misiva en el bolsillo, sintió gran placer en enseñar su dominio; lo enseñó todo, la caballeriza, la cochera, la cocina. El salón estaba á la derecha y hacía el lado de París; daba á una baranda en forma de enrejado, que ostentaba una clemátida. En esto, por encima de sus cabezas se oyó un trino, y era que la señora de Arnoux, creyéndose sola, se entretenía cantando, haciendo escalas, gorgoros, arpejios. Lanzaba notas sostenidas, que parecían quedar en suspenso; otras caían precipitadamente, como las gotas de una cascada; y su voz, pasando por la celosía, cortaba el profundo silencio, elevándose hacia el cielo azul.

Callóse de repente, cuando los Sres. de Oudry y dos vecinos, se presentaron.

Después, ella misma vino á lo alto de la escalera, enseñando el pié al bajarla. Llevaba zapatitos escotados, de piel encarnada, con tres listas transversales, que dibujaban en su media una especie de rejilla dorada.

Los invitados llegaron, y excepto el señor Lefaucheur, abogado, eran los convidados de los jueves. Cada cual había traído su regalo: Dittmer una banda asiria; Rosenwald un álbum de romanzas; Burieu una acuarela, Sombaz su propia caricatura, y Pellerin un apunte al carbón, representando una especie de danza ma-

cabra, repugnante fantasía de mediana ejecución. Hussonnet se creyó dispensado de todo presente.

Federico esperó á ser el último para ofrecer el suyo. Dióle ella muchas gracias, y dijo él entonces:

—Es que... era casi una deuda. ¡Me contrarió tanto!

—¿El qué?—contestó ella. No comprendo.

—¡A la mesa!—dijo Arnoux, cogiéndole por el brazo, y al oído:—No es Vd. muy listo.

Nada tan agradable como el comedor, pintado de color verde mar. En uno de los extremos, una ninfa de piedra introducía su pié en una fuente de forma de concha. Por las ventanas abiertas, veíase todo el jardín con la larga pradera que flanqueaba un pino de Escocia, en sus tres cuartas partes despojado, y en que brotaban desigualmente, macizos de flores; y más allá del río se desarrollaban, en ancho semicírculo, el bosque de Boulogne, Neuilly, Sèvres, Meudon. Delante de la verja, en frente, un bote de vela daba sus abordadas.

Primeramente se habló de aquella vista que tenían, después del paisaje en general, y las discusiones empezaban cuando Arnoux dió orden á su criado de enganchar la americana hacia las nueve y media. Una carta de su cajero le llamaba.

—¿Quiéres que me vuelva contigo?—dijo la señora.

—Sí, por cierto; y haciendo un galante saludo, añadió:

—Bien sabe Vd., señora, que no puedo vivir sin Vd.

Todos la cumplieron por el buen marido que tenía.

—Es que no soy yo sola, —replicó dulcemente, señalando á su hijita.

Después la conversación volvió sobre la pintura.

Se habló de un Ruysdaël, de que Arnoux esperaba obtener sumas importantes, y Pellerin preguntó si era verdad que el famoso Saul Mathias, de Londres, había ido el mes anterior á ofrecerle veintitres mil pesetas.

—Nada más exacto—y volviéndose hacia Federico, dijo:

—Es aquel mismo caballero que yo paseaba el otro día en la Alhambra, bien á pesar mio, lo aseguro, por que esos ingleses no son divertidos.

Federico, sospechando de la carta de la señorita Vatnaz alguna historia de mujer, se admiraba de la naturalidad del Sr. Arnoux para encontrar un medio honroso de largarse; pero su nueva mentira, absolutamente inútil, le hizo abrir desmesuradamente los ojos.

El comerciante añadió con el aire más sencillo:

—¿Cómo se llama aquel joven alto, amigo de usted?

—Deslauriers; — contestó apresuradamente Federico.

Y para reparar las faltas que había cometido con él, le elogió como inteligencia superior.

—¿De veras? Pues no tiene el aire de buen muchacho que el otro, el dependiente de transportes.

Federico maldijo á Dussardier, porque ella iba á creer que se rozaba con gentes ordinarias.

A seguida se trató de los embellecimientos de la capital, de los barrios nuevos, y el buen hombre de Oudry citó entre los grandes especuladores al Sr. Dambreuse.

Federico, aprovechando la ocasión de hacerse valer, dijo que le conocía. Pero Pellerin se lanzó á una catilinaria contra los horteras, vendedores de bugías ó de plata, entre los cuales no veía diferencia. Después Rosenwald y Burieu se ocuparon de porcelanas, Arnoux de jardinería con la señora de Oudry; Sombaz, bufón de la antigua escuela, se entretenía en bromear á su esposo, llamándole Odry como el actor, declarando que debía descender de Oudry, el pintor de los perros, porque el hueso de

los animales era visible en su frente; hasta quiso tocarle el cráneo, á lo que el otro se opuso por causa de su peluca, y el postre acabó en carcajadas.

Cuando hubieron tomado el café, bajo los tilos, fumado y dadas muchas vueltas por el jardín, fueron á pasearse á lo largo del río.

La concurrencia se detuvo ante un pescador, que limpiaba unas anguilas, en sitio á propósito. La señorita Marta quiso verlas; él vació su cesta sobre la yerba, y la chiquilla se hincó de rodillas para cogerlas, riendo de gusto y gritando de miedo; todas se perdieron y Arnoux las pagó.

Enseguida le ocurrió la idea de dar un paseo en bote.

Uno de los lados del horizonte empezaba á palidecer, mientras que por el otro, un amplio color naranja se extendía por el cielo y aún más purpurino en la cima de las colinas ya enteramente negras. La señora de Arnoux se hallaba sentada en una piedra grande, con aquel resplandor de incendio á su espalda: las restantes personas andaban de acá para allá; Hussonnet, junto al ribazo, tiraba chinas al agua.

Arnoux volvió, con una chalupa vieja, donde á pesar de las observaciones más razonables, apiló á sus convidados; zozobraba y fué preciso desembarcar. A esto ya alumbraban las bugías

en el salón, vestido de persa, con candelabros de cristal en las paredes. La de Oudry se dormía nuevamente en una butaca, y los demás escuchaban al señor de Lefaucheur, discutiendo sobre las glorias de la abogacía; la señora de Arnoux estaba sola cerca de la ventana; Federico se le acercó.

Hablaron de lo que se dice; admiraba ella á los oradores; él prefería la gloria de los escritores. Pero debía sentirse, decía ella, un goce mucho mayor en conmover las masas directamente, por sí mismo, viendo cómo pasan á su alma todos los sentimientos del que habla. Aquellos triunfos no tentaban á Federico que carecía de ambición.

—¿Por qué?—dijo ella. Es preciso tener alguna.

Hallábanse el uno cerca del otro, de pié, en el hueco de la ventana. La noche se extendía delante, como inmenso velo oscuro sembrado de plata. Aquella era la primera vez que no hablaban de cosas insignificantes. Llegó hasta conocer sus antipatías y sus gustos: ciertos perfumes le hacían daño, los libros de historia le interesaban, creía en los sueños.

Penetró él en el capítulo de las aventuras sentimentales, y ella compadecía los desastres de la pasión, pero le indignaban las infamias hipócritas; y aquella rectitud de espíritu corres-

pondría tan bien con la belleza correcta de su rostro, que parecía su consecuencia.

A veces sonreía, deteniendo en él sus ojos un minuto. Entonces sentía penetrar sus miradas en su alma, como esos grandes rayos de sol que descienden hasta el fondo del agua. La amaba sin segunda intención, sin esperanza de correspondencia, absolutamente; y en aquellos mudos transportes, parecidos á expansiones de la gratitud, hubiera deseado cubrir su frente de una lluvia de besos. Sin embargo un soplo interior le arrastraba como fuera de sí; era aquello una gana de sacrificarse, una necesidad de adhesión inmediata, y tanto más fuerte cuanto que no podía saciarla.

No se marchó con los otros, ni Hussonnet tampoco; debían volverse en el coche, y la americana esperaba al pie de la escalera, cuando Arnoux bajó al jardín para cojer rosas. Después de atado el ramo con un hilo, como los tallos quedaban desiguales; buscó en su bolsillo, lleno de papeles, sacó uno á la ventura, los envolvió, consolidó su obra con un alfiler grande y lo ofreció á su mujer con una cierta emoción.

—Toma, querida mía, y perdóname si te he descuidado.

Pero ella lanzó un pequeño grito; el alfiler, torpemente colocado, la había herido, y subió

á su habitación. La esperaron cerca de un cuarto de hora; por fin se presentó, cogió á Marta y entró en el coche.

—¿Y tu ramo?—dijo Arnoux.

—Déjalo, no merece la pena.

Federico corría para ir á buscarlo, y ella exclamó:

—No lo quiero.

Pero lo trajo en seguida, diciendo que acababa de volver á meter los cabos en el sobre, porque había encontrado las flores por el suelo. Las puso ella en la funda de cuero del asiento, y partieron.

Federico, sentado junto á ella, notó que temblaba horriblemente. Después, cuando pasaron el puente, volvía Arnoux á la izquierda y ella dijo:

—No es por ahí, te equivocas; por allí, á la derecha.

Parecía irritada; todo le molestaba. Por fin, Marta cerró los ojos, sacó el ramo y lo tiró por la portezuela, cogiendo después el brazo de Federico, haciéndole señas con la otra mano, de no hablar jamás de aquello. A seguida puso su pañuelo sobre sus labios y no chistó más.

Los otros dos, en el pescante, hablaban de imprenta, de suscritores. Arnoux, que guiaba sin atención, se perdió en medio del bosque de Boulogne, y entraron en caminos estrechos. El

caballo iba al paso; las ramas de los árboles rozaban la capota. Federico no veía de la señora de Arnoux, sino sus dos ojos, en la sombra; Marta se echó sobre ella y él le sostenía la cabeza.

—¿Le molesta á usted?—dijo su madre.

Él contestó:

—No ¡oh! no.

Pequeños remolinos de polvo se levantaban; atravesaron Auteuil; todas las casas se hallaban cerradas; algún reverbero, á trechos, alumbraba el ángulo de un muro, volviéndose luego á las tinieblas; en una ocasión advirtió que ella lloraba.

¿Era aquello un remordimiento? ¿un deseo? ¿qué era? Aquella pena, que no conocía, le interesaba como cosa personal; ahora existía entre ellos un nuevo lazo, una especie de complicidad; y le dijo con la voz más cariñosa que pudo:

—¿Sufre usted?

—Sí, un poco—contestó.

Rodaba el coche, y las madreselvas y las syringuillas olorosas brotaban por encima de los jardines, enviando en la noche oleadas de perfumes suaves. Los numerosos pliegues de su vestido cubrían sus piés. Parecíale comunicar con su persona toda, por medio de aquel cuerpo infantil, extendido entre ellos; inclinó-

se sobre la niña, y separando sus lindos cabellos oscuros, la besó en la frente.

—Usted es bueno—dijo la señora de Arnoux.

—¿Por que?

—Porque quiere usted á los niños.

—No á todos.

Y no añadió nada, pero alargó la mano izquierda hacia ella y la tuvo abierta completamente, figurándose que iba ella á hacer otro tanto, quizás, y que se encontrarían; pero le dió vergüenza y la retiró.

Pronto llegaron al empedrado; el coche andaba más de prisa, los faroles de gas se multiplicaban; estaban en París. Hussonnet, saltó de su sitio delante del Guarda-Mueble. Federico esperó para bajarse á que estuvieran en el patio, emboscándose luego en la esquina de la calle de Choiseul, y viendo á Arnoux que volvía en dirección á los bulevares.

Desde el día siguiente se puso á trabajar con todas sus fuerzas. Vefase en un tribunal, en una tarde de invierno, al final de la sesión, cuando los jurados están pálidos y la muchedumbre, excitada, hace crujir las barandillas del pretorio, hablando hacía ya cuatro horas, resumiendo todas sus pruebas, descubriendo otras nuevas, y sintiendo á cada frase, á cada palabra, á cada gesto, levantarse la cuchilla de

la guillotina, colocada á su espalda; después, en la tribuna de la Cámara, orador que lleva en sus labios la salvación de todo un pueblo, ahogando á sus adversarios con sus prosopopeyas, aplastándoles con una respuesta, con rasgos y entonaciones musicales en la voz, irónico, patético, fogoso, sublime. Ella estaría allí, en algún sitio, en medio de la gente, ocultando con su velo sus lágrimas de entusiasmo; después se juntarían, y los desalientos, las calumnias y las injurias no le alcanzarían si ella le decía:

—¡Qué hermoso es eso!—pasándole por la frente sus manos ligeras.

Aquellas imágenes fulguraban como faros en el horizonte de su vida. Su espíritu, excitado, se hizo más listo y más fuerte. Hasta el mes de Agosto, se encerró y quedó aprobado en su último examen.

Deslauriers, á quien había costado tanto trabajo enseñarle una vez más para el segundo, en fines de Diciembre, y para el tercero en Febrero, se admiraba de su ardor. Entonces renacieron las antiguas esperanzas. En diez años era preciso que Federico fuese diputado; en quince ministro, ¿por qué no? Con su patrimonio, que iba á recoger pronto, podría, primero, fundar un periódico; este sería el principio, después ya se vería. Él, por su parte, seguía ambicionando siempre una cátedra en la escuela

de Derecho; y presentó su discurso para el doctorado de una manera tan notable, que le valió los plácemes de los profesores.

Federico hizo el suyo tres días después. Antes de marcharse de vacaciones, se le ocurrió la idea de una comida á escote para cerrar las reuniones de los sábados. Mostróse alegre en ella.

La señora de Arnoux se hallaba entonces al lado de su madre en Chartres, pero pronto volvería á verla y acabaría por ser su amante sin duda alguna.

Deslauriers, admitido aquel mismo día en la *parlotte* (academia charlatana de jurisprudencia) de Orsay, había hecho un discurso muy aplaudido. Aunque fuera sóbrio, se alegró y dijo á Dussardier á los postres:

—Tú eres honrado. Cuando yo sea rico te nombraré mi administrador.

Todos eran felices; Cisy no acabaría su Derecho; Martinon iba á continuar su tiempo en provincias, en donde sería nombrado sustituto; Pellerin preparaba un gran cuadro que figuraba el «Génio de la Revolución»; Hussonnet, en la semana próxima, debía leer al director de un teatro de recreo el plan de una pieza, y no dudaba del éxito:

—Porque el andamio de la obra, me lo conceden. Las pasiones, he corrido en ellas lo bas-



tante para conocerlas; y los rasgos de ingenio, son mi oficio.

Dió un salto, puso las manos en el suelo y anduvo con los pies en alto por algún tiempo alrededor de la mesa.

Aquella gatería no desarrugó el ceño de Sénecal. Acababan de despedirle de su pensión por haber pegado al hijo de un aristócrata. Como aumentaba su miseria, renegaba del orden social, maldecía de los ricos, y se desahogó en el seno de Regimbart, que cada vez estaba más desilusionado, entristecido, disgustado. El ciudadano se ocupaba, por entonces de las cuestiones de presupuestos y acusaba á la Camarilla de perder millones en Argelia.

Como no podía dormir sin pasar por el cafetín Alexandre, desapareció en cuanto fueron las once. Los otros se retiraron más tarde; y Federico, al despedirse de Hussonnet, supo que la señora de Arnoux había debido llegar la víspera.

Fue, en consecuencia, á las Mensajerías para cambiar su billete para el día siguiente, y hacia las seis se presentó en casa de ella. Su vuelta, le dijo el portero, se había diferido una semana. Federico comió solo y luego se puso á pasear por los bulevares.

Las nubes, de color de rosa, formaban una franja por encima de los tejados; empezaban ya

á levantar los toldos de algunas tiendas; los carros de riego derramaban su lluvia sobre el polvo; y una inesperada frescura se mezclaba con las emanaciones de los cafés, que dejaban ver por sus abiertas puertas, entre plateados y dorados, flores en canastillos que se dibujaban en los altos espejos. La gente andaba despacio; había grupos de hombres hablando en medio de la acera, y pasaban las mujeres con cierta blandura en los ojos y ese tinte de camelia que da á las carnes femeninas la laxitud de los grandes calores. Algo de enorme se extendía envolviendo las casas. Jamás París le pareció tan hermoso. En el porvenir únicamente percibía interminable serie de años enteramente llenos de amor.

Detúvose delante del teatro de la Puerta de San Martín mirando el anuncio; y para pasar el tiempo tomó un billete.

Representábase una antigua comedia de magia. Los espectadores eran escasos, y en las lucernas del paraíso, la claridad se cortaba en pequeños cristales azules, mientras que los quinqués de la batería del escenario formaban una sola gilerá de luces amarillas. La escena figuraba un mercado de esclavos en Pekín, con campanillas, tam-tam, sultanes, gorros puntiagudos y juegos de palabras. Bajado el telón, anduvo por el fumadero, solitario, y admiró en

el bulevar, al pie de la escalera, un gran *landau* verde, tirado por dos caballos blancos, que sujetaba un cochero de calzón corto.

Ocupaba de nuevo su sitio, cuando en la baranda del primer palco de proscenio, asomaron una señora y un caballero. El marido, de rostro pálido, con una rala barba gris, el botón de la Legión de Honor y ese aspecto glacial que se atribuye á los diplomáticos.

Su mujer, veinte años más joven por lo menos, ni alta ni baja, ni fea ni bonita, llevaba sus rubios cabellos en tirabuzones á la inglesa, un traje de cuerpo liso y un gran abanico de encaje negro. Para que gentes de semejante clase vinieran al espectáculo en aquella estación, era preciso suponer una casualidad, ó el fastidio de pasar la noche solos. La señora mordía su abanico y el caballero bostezaba. Federico no podía acordarse de dónde había visto aquella cara.

En el entreacto siguiente, al atravesar un corredor, encontró á ambos; al ligero saludo que hizo, el Sr. Dambreuse, reconociéndolo, le llamó y se excusó inmediatamente de imperdonable negligencia. Aquella era una alusión á las numerosas tarjetas enviadas por consejo del pasante. Con todo confundía las épocas, creyendo que Federico estaba en el segundo año de Derecho. Después le envidió por marcharse

al campo; necesitaría él también á su vez de descanso, pero los negocios le retenían en París.

La señora de Dambreuse, apoyada en su brazo, inclinaba la cabeza ligeramente; y la espiritual amenidad de su semblante contrastaba con su expresión aburrida de poco antes.

—Allí se encuentran agradables distracciones —dijo, refiriéndose á las últimas palabras de su marido.—¡Qué espectáculo tan estúpido éste! ¿verdad, caballero?

Y los tres permanecieron de pie hablando de teatros y obras nuevas.

Federico, acostumbrado á los gestos de las burguesas provincianas, no había visto en mujer alguna semejante soltura de maneras, aquella sencillez, que es un refinamiento, y en la cual ven los cándidos la expresión de una instantánea simpatía.

Contaban con él á su vuelta; el Sr. Dambreuse le encargó sus recuerdos para el tío Roque.

Federico no dejó, al entrar en su casa, de referir aquella acogida á Deslauriers.

—¡Famoso!—repuso el pasante.—Y no te dejes enredar por tu mamá. Vuélvete enseguida.

Al día siguiente de su llegada, después del almuerzo, la señora de Moreau, llevó á su hijo al jardín.

Le dijo lo feliz que era viéndole en carrera,

porque no eran tan ricos como se creía; la tierra producía poco; los renteros pagaban mal, y hasta se había visto obligada á vender su coche; por fin le expuso la situación.

En las primeras dificultades de su viudez, un hombre astuto, el Sr. Roque, le había hecho préstamos de dinero, renovados, prolongados á su pesar. De repente vino á reclamarlos, y tuvo que pasar por sus condiciones, cediéndole á un precio irrisorio la finca de Presles. Diez años más tarde desaparecía su capital con la quiebra de un banquero de Melun. Por horror ¡de las hipotecas, y para conservar apariencias útiles a porvenir de su hijo, y como el tío Roque se ofreciera nuevamente, le escuchó una vez más. Ahora ya había liquidado con él. En resumen, les quedaban próximamente, diez mil pesetas de renta, de las cuales eran de él dos mil trescientas, todo su patrimonio.

—Eso no es posible—exclamó Federico.

Con un movimiento de cabeza le contestó que aquello era muy posible.

Pero su tío le dejaría algo.

Nada menos seguro.

Y dieron una vuelta por el jardín, sin hablar. Por fin le estrechó sobre su corazón, y con voz ahogada por las lágrimas, le dijo.

—¡Ah, pobre hijo! ¡Cuántos sueños he tenido que abandonar!

Sentóse él sobre un banco, á la sombra de una gran acacia.

Aconsejábale su madre que entrara de pasante en casa del Sr. Prouharam, abogado, quien le cedería su estudio; si lo hacía valer, podría revenderlo y encontrar un buen partido.

Federico no oía ya; miraba maquinalmente, por encima de la valla, al otro jardín, en frente.

Una niña de doce años próximamente, que tenía el pelo rojo, estaba allí enteramente sola. Se había hecho pendientes de las bayas de serbal; su cotilla de lienzo gris dejaba al descubierto sus hombros, un poco tostados por el sol; manchas de dulce ensuciaban su falda blanca, y había una cierta gracia de joven bestia salvaje en su persona toda, á la vez nerviosa y endeble. La presencia de un desconocido la admiraba, indudablemente, porque se había bruscamente parado, con su regadera en la mano, fijando en él sus pupilas, de un verde azulado límpido.

—Esa es la hija del Sr. Roque—dijo la señora de Moreau.—Su padre acaba de casarse con su criada y de legitimar á su hija.